



Discurso de Mariano Rajoy

Debate sobre la situación actual del conflicto bélico en Afganistán

Madrid, 15 de septiembre de 2010



OFICINA DE INFORMACIÓN

Señor Rodríguez Zapatero:

Como usted sabe perfectamente, en todo cuanto afecta a las misiones de nuestras Fuerzas Armadas en el exterior, el Gobierno ha contado siempre con mi apoyo y el de mi grupo.

No espere, pues, ninguna crítica por mi parte sobre la presencia de nuestros soldados en Afganistán y el desarrollo de la misión que tienen encomendada.

Hay materias como la seguridad, la defensa o el terrorismo en el que no es bueno que, entre nosotros, surjan diferencias, ni ideológicas, ni electorales, ni de ningún tipo. Un acuerdo claro en estos asuntos transmite un mensaje inequívoco, tanto para nuestros aliados, como para nuestros enemigos.

Voy a limitarme, por tanto, en esta excepcional oportunidad que por fin nos brinda el Presidente del Gobierno, a reclamar aquella información que no se nos ha ofrecido, y a la que, todos los miembros de esta Cámara en particular, y todos los españoles en general, tienen derecho.

Antes de entrar en materia, deseo expresar mi respeto y admiración a todos los hombres y mujeres que componen nuestras Fuerzas Armadas.

Han escogido como profesión nuestra seguridad, y sólo por ello merecen el reconocimiento asiduo e incansable de todos sus compatriotas.

Hoy corresponde manifestarlo particularmente a los que, con su profesionalidad y su generosa entrega, tanto en los Ejércitos como en la Guardia Civil, honran el nombre de España en Afganistán.



OFICINA DE INFORMACIÓN

Tenemos una especial deuda de reconocimiento con los que han sido heridos, con los que han sufrido mutilaciones, y sobre todo, con las familias de todos los que, al dejar allí la vida, nos han dedicado la ofrenda de su sacrificio, y nos regalan el orgullo de su recuerdo.

Descansen en paz.

Dicho esto, señor Rodríguez Zapatero, permítame que plantee mi primera consideración:

De todas las democracias europeas con presencia en Afganistán, la española es la peor informada.

No lo digo por mí que dispongo de información suficiente por otros cauces.

Me refiero al conjunto de la sociedad española, que se merece el mínimo gesto de respeto de tenerla al corriente de sus propios intereses, sus propios compromisos y sus propios riesgos.

En el mes de junio, y es un ejemplo, se habían acumulado ya 60 ataques de los talibanes a las tropas españolas sin que se usted diera ninguna explicación que fuera más allá de la consabida labor humanitaria.

Las cosas han llegado al extremo de que los españoles se han enterado de la existencia de nuevas bases avanzadas de las tropas españolas porque lo ha dicho la OTAN o porque las visitaba un general norteamericano que se fotografiaba con nuestros soldados. En ningún caso porque usted les diera cuentas.

Después de oírle hoy, seguimos sin saber por su boca -con la precisión exigible en una misión de estas características- qué es lo que



OFICINA DE INFORMACIÓN

ocurre allí, cuál es la razón de nuestra presencia y cuáles son sus límites en el tiempo y en el espacio, si es que existen.

Le agradezco mucho su laborioso despliegue de cifras, siglas, conferencias internacionales, planes militares, modelos de armamento y auxilios prestados, pero para eso, se lo digo sinceramente, bastaba con pasarnos un papel.

Evidentemente, señor Rodríguez Zapatero, no estoy abogando por una total transparencia de los aspectos estratégicos y tácticos de la misión. Entendemos perfectamente la reserva y hasta el secreto que estas operaciones militares requieren para no dar facilidades al enemigo. Pero ello es plenamente compatible con una explicación clara del por qué y el para qué tenemos una fuerza desplegada en ese remoto país, por qué es esa la fuerza y no otra, y qué perspectivas contemplamos en el tiempo y en los frutos de esa presencia. Esas cosas no son secretos de Estado, sino exigencias democráticas y de sentido común, como intentaré explicar.

Para empezar, por su inveterada costumbre de no llamar a las cosas por su nombre, nadie ha logrado todavía que usted nos aclare qué es lo que ocurre en Afganistán.

Si yo hiciera esta pregunta fuera de España, la respuesta sería unánime.

Todo el mundo dice que es una guerra. El general Petraeus, máximo dirigente militar de la misión, dice que es una guerra en la que participa España. Y el señor Obama ha dicho que desea la ayuda española *para ganar la guerra*.

Fíjese que yo no digo que lo sea. Yo me atengo a lo que usted nos explique. Digo que todos los que están allí, salvo usted, dicen que es una guerra y que estamos metidos en ella.



OFICINA DE INFORMACIÓN

Y no es que me importe el nombre de la cosa. No voy a discutir esta cuestión.

Estamos familiarizados con su temor a ciertas palabras y con su gusto por la adulteración del vocabulario.

Por mí, puede llamarlo como quiera.

Tampoco voy a discutir si es una guerra convencional o asimétrica, si es una guerra declarada o una guerra de hecho, ni si es un conflicto armado pero no bélico o bélico pero no convencional. No me interesa esta escolástica.

Lo único que me importa a este respecto, señoría, son los soldados. Lo que quiero saber es toda la verdad en lo que se refiere a la seguridad de nuestros soldados y de nuestros guardias civiles.

En concreto, me importa que nos explique...

- si viven allí en unas circunstancias comparables a las que se suelen dar en una guerra o no;
- si han de ir pertrechados como si fueran a una guerra o no;
- si están expuestos a los mismos peligros que pudieran darse en una guerra o no;
- si pueden perder la vida como se suele perder en una guerra o no.

Esto es lo que importa, se llame aquello como se llame, y esto es lo que usted no explica a los españoles ni les ha explicado nunca con la debida claridad.

Mi segunda consideración se refiere a los motivos actuales de nuestra presencia en Afganistán.



OFICINA DE INFORMACIÓN

Sin duda es una operación importante porque, desde que usted gobierna, hemos multiplicado el número de soldados por cinco.

Además, nos cuesta mucho dinero: decenas de millones de euros al año.

Y lo más grave, como usted ha señalado: nos cuesta vidas.

Esto exige muy buenas razones.

¿Cómo, si no, podríamos aceptar, señoría, que un soldado español muera en Afganistán?

¿Cómo podríamos aceptar que hoy, mañana o pasado mañana, puedan morir más españoles en Afganistán?

¿Cree usted que la sociedad española tiene hoy respuesta a esa pregunta?

Sin duda existen razones muy importantes para ello, aunque usted se haya mostrado tan reticente, tan ambiguo y tan elusivo en sus explicaciones.

Al principio, eran una misión de paz y una tarea estrictamente humanitaria. Después fue preciso, además, asegurar la protección de nuestros hombres y de nuestras posiciones. Más tarde pasamos también a ocuparnos de la formación del nuevo ejército y de la policía afganos. Luego, para explicar los ataques que sufrían nuestros soldados, se alegó que éramos responsables de la seguridad de determinadas zonas. Por fin, y no porque usted lo dijera, se ha sabido que ocupábamos puestos avanzados, es decir, que nos situábamos en primera línea e interveníamos en operaciones de combate.



OFICINA DE INFORMACIÓN

Ahora, por fin, sabemos, incluso por boca de usted, que la razón real, la razón de fondo, la que da sentido a todo lo que se ha hecho y a lo que se deba hacer en el futuro, es que nuestra presencia en Afganistán responde a la necesidad de combatir la amenaza del terrorismo islámico. En *román paladino*, que nuestros soldados están en Afganistán, para proteger nuestros valores y nuestras vidas mismas.

Ha sido preciso que el centinela que ampara nuestra seguridad, nuestras libertades e incluso nuestras vidas, se desplace a muchos miles de kilómetros de España: allí donde anida la amenaza, donde germinó el peor atentado que hemos sufrido y, en consecuencia, donde debe ser defendida nuestra seguridad con las armas en la mano.

¿Era preciso esperar a que fuera inocultable para reconocer algo tan obvio? Por lo visto, sí.

Hubiera sido mejor decir la verdad a tiempo, porque era y es muy importante que nuestros soldados conozcan la verdadera realidad de su misión.

Del mismo modo, era y es muy importante que los españoles sepan hasta dónde alcanza la deuda que estamos contrayendo con quienes protegen nuestras vidas.

Si no se perciben con claridad los objetivos, los valores que defendemos y las amenazas a las que se enfrentan nuestros soldados ¿cómo vamos a pedir a la opinión pública que apoye una misión que ni siquiera entiende porque no se le explica con claridad?

Y esa necesaria tarea pedagógica le corresponde especialmente a usted, señor Presidente del Gobierno. Por ejemplo, ¿podría decirle usted a esta Cámara y al conjunto de la sociedad española si los objetivos por el que nuestras tropas permanecen hoy en Afganistán son los mismos que usted planteó aquí en el año 2004?



OFICINA DE INFORMACIÓN

Mi tercera consideración se refiere al futuro.

Ha sido preciso que visitara Madrid el secretario general de la OTAN para que los españoles supieran por boca del presidente de su gobierno: que *el compromiso de España con la Alianza es firme y se mantendrá, hasta que la misión culmine*. Hoy nos lo ha repetido.

Claro está que esto no resuelve las dudas.

Desde que empezó a manejarse julio de 2011 como una fecha de inicio de retirada nadie puede negar que las cosas se han complicado mucho.

Lo primero, porque los talibanes entendieron que se les daba una fecha en la que se les dejaría el campo libre.

La población afgana, a su vez, entendió que esa fecha sería la de su abandono en manos de los talibanes y, en consecuencia, calculó con quién le convenía estar a bien desde entonces.

Todos entendimos, por nuestra parte, en qué fecha se renunciaría a todos los objetivos militares y humanitarios que se han estado proclamando, sea la reconstrucción del país, el adiestramiento de su ejército, la protección de sus habitantes ante la amenaza talibán, o la eliminación de los riesgos para nuestra seguridad.

No puede extrañarnos, a la vista de todo esto, que se halla rectificado y ahora se hable de transición o, menos ambiguamente, de un repliegue gradual y por zonas al ritmo de la creación del ejército y la policía afganas. Ejército y policía que, como en España sabemos muy bien porque lo hemos aprendido con sangre, han de surgir de la nada.



OFICINA DE INFORMACIÓN

De momento, pues, sabemos que no existe fecha fija para el fin de las operaciones.

También sabemos que en la próxima cumbre de la OTAN, —en Lisboa, el próximo mes de noviembre—, se pretende acordar tanto la estrategia general como la dimensión temporal de la misión, en razón de la capacidad del nuevo ejército afgano.

Por lo que a nosotros interesa, sin pretender entrar en consideraciones estratégicas que no me corresponden, y limitándome a aplicar el sentido común, parece que nuestra presencia y el sacrificio de nuestros militares sólo se justifica si se cumplen los objetivos, es decir, como se nos ha dicho, si se logra que desaparezcan los talibanes de Afganistán. Dicho en lenguaje antiguo: si se gana la guerra.

Sería una contradicción no menor afirmar que nuestra seguridad está ligada a la derrota de los talibanes y retirarnos sin lograrla.

Cito esta consideración tan sólo para señalar algunos de los inconvenientes que acarrearán los anuncios de retirada. No es necesaria mucha luz para comprender que una de dos: o los objetivos se olvidan de los plazos, o los plazos obligarán a olvidar los objetivos.

No estaría mal que los españoles pudiéramos conocer los criterios de su señoría sobre esta materia.

No le digo yo que los exponga ahora mismo, pero sería bueno que en la próxima cumbre de la OTAN hubiera una voz española que defendiera una estrategia coherente con los objetivos que se proclaman.

En resumen, señoría:



OFICINA DE INFORMACIÓN

Yo no he venido a que me hable de carreteras ni de hospitales ni de vehículos blindados. Ni usted ni yo somos jefes de Estado Mayor; ni siquiera profesionales de la milicia.

Nosotros somos políticos y nos competen las decisiones políticas.

Por eso, lo que nos importa aclarar, una vez que los profesionales nos facilitan las explicaciones técnicas necesarias, y nos exponen sus necesidades, y nos aseguran una protección de nuestros hombres proporcional al riesgo que corren, una vez que nos informan sobre todo eso, lo que nos importa aclarar no son los medios con los que vamos a actuar sino los motivos de nuestras decisiones.

Eso es lo que quieren escuchar en nuestro Ejército y eso es lo que importa a los españoles y eso es lo que yo le pido a usted.

La misión de Afganistán necesita claridad, la misma claridad con la que se informa a los ciudadanos de cualquier otro país comprometido en aquella misión.

Además de que tienen derecho a saberlo, es muy importante que los españoles sepan qué hacemos allí, por qué lo hacemos, cuáles son los objetivos de la misión que compartimos, qué valores estamos defendiendo, contra quién protegemos esos valores, y hasta dónde estamos dispuestos a llegar con el resto de la Alianza Atlántica.

Y es muy importante, señoría, que los hombres y mujeres que arriesgan su vida en Afganistán sepan por qué lo hacen, y puedan confiar en que la razón que les ofrece el Presidente del Gobierno sea una razón verdadera.

Tan verdadera, tan noble, tan generosa como la vida que ellos arriesgan todos los días en nuestro nombre.



OFICINA DE INFORMACIÓN

Nada más señor Presidente y muchas gracias.